

¿Quién es la verdadera Lori?

José Luis Rénique, historiador peruano, actualmente profesor de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, nos presenta "otras" lecturas del caso Lori Berenson.

José Luis Rénique

Contada así, la historia no deja de despertar simpatía. La alumna brillante del exclusivo Massachusetts Institute of Technology (MIT), altruista y comprometida, interesada por los desposeídos latinoamericanos, fue encarcelada cinco años en el techo del mundo, muriendo en vida casi, tras un juicio sin el menor viso de legalidad.

Están los amigos, además, prestos siempre a atestiguar sobre sus buenas intenciones, y los atribulados padres declarando una y otra vez a la prensa, apareciendo en los más difundidos talk-shows norteamericanos, incluido el de la famosa Oprah Winfrey: ¿cómo es posible que si hasta un primer ministro peruano (Javier Valle Riestra) reconoció la inocencia de nuestra hija, ella no haya sido todavía liberada? Hasta Noam Chomski, su profesor en el MIT, y Jesse Jackson, ambos connotadísimos representantes del mundo "progresista" estadounidense, se han pronunciado en su favor. Para la izquierda manhattaniana, es una indudable heroína; para el nuevayorquino más o menos informado, lo de Lori es, a todas luces, un caso de inexplicable injusticia.

Desde el otro lado, la imagen es la perfecta contraparte: la gringa "ultra" vinculada a la subversión, de cuya culpa pocos han querido dudar desde que apareció ante las cámaras de la televisión nacional desafiante y rabiosa, vociferando la justeza de una causa para entonces en el más oscuro descrédito. Es verdad que su juicio fue una farsa y que recibió una pena desproporcionada –como lo ha afirmado Fernando Rospigliosi–. Hay, sin embargo, "pocas dudas de su culpabilidad". Ingenua y trágicamente desatinada, en el mejor de los casos; víctima, jamás. Esa parece ser la visión de ella en el Perú.

¿Cuál de las dos es, entonces, la verdadera Lori? Un artículo publicado en The Nation (setiembre 4-11 del 2000), viejo vocero de la izquierda local, intenta desmadejar el nudo. Cuenta para ello con una fuente sorprendente: el atestado preparado por la DINCOTE para sustentar la acusación contra la Berenson, que contiene, entre otras cosas, la transcripción de su interrogatorio. A este documento, aseguran Jonathan Levi y Liz Mineo –autores del artículo–, ni siquiera sus abogados han tenido acceso.

La DINCOTE vincula a Lori con el aparato emerretista principalmente a partir del testimonio del panameño Pacífico Castellón, con quien llegó al Perú en noviembre de 1994. Al ser preguntada si conocía al dirigente de esa organización armada Enrique Rincón, Berenson habría respondido que, efectivamente, lo había visto en la casa de La Molina que ella y Castellón habrían alquilado a nombre del MRTA, que sabía que éste estaba vinculado a dicha organización pero que no conocía su nombre, pues lo llamaba simplemente "compañero". Y del MRTA dijo que sólo conocía el significado de la sigla. Un mes después de esta declaración, no obstante, al ser presentada a la prensa, Berenson aseveraría a gritos su convicción de que el MRTA era un movimiento revolucionario y no una organización terrorista.

La información que estos documentos proveen, observan Levi y Mineo, pone en aprietos a quienes demandan la libertad inmediata de Lori. ¿No tendría acaso que responder por su vinculación con una organización terrorista? Ya los padres de la prisionera se han encargado de sustentar la falsedad de la información contenida en el atestado, aunque, según Levi y Mineo, Grimaldo Achahui –hasta hace poco

abogado defensor de la Berenson y que estuvo presente en el interrogatorio a que ésta fue sometido— avala la autenticidad de la transcripción. El problema, asevera The Nation, es que a partir de esa información se la quiso presentar como dirigente del MRTA; peor aún: como agente del "terrorismo internacional". Y es que, como el mencionado artículo revela, aparte de las numerosas deficiencias de la investigación del caso, menudearon una serie de presiones.

El propio jefe de la DINCOTE, general Carlos Domínguez, enfrentaba por aquellos días severos cuestionamientos a raíz de la revelación de que ocupaba un lujoso departamento confiscado a un "narco". El deseo de limpiar su reputación habría acelerado la operación en torno de la casa de La Molina, donde el 30 de noviembre de 1995 cayó Enrique Rincón luego de una intensa balacera. Ese día Rincón había sido detectado en una operación de rutina. Fue seguido hasta la casa de La Molina, donde llegó en un vehículo conducido por Castellón. Unas horas después el mismo conductor abandonó la residencia con la Berenson al lado. Fue su primera aparición en el radar de la DINCOTE.

Berenson y Castellón fueron detenidos en el transcurso de la tarde, y con la caída de la noche comenzó el ataque a la residencia. La metamorfosis de Lori, que la hizo ir de "pantalla" a "dirigente", había comenzado a desenvolverse. "Había —según manifiesta el general PNP Benedicto Jiménez— una tremenda presión política en ese caso, presión que no existía cuando yo estaba persiguiendo a Guzmán." Así, un año después, cuando Domínguez era rehén del MRTA en la casa del embajador del Japón en Lima, Néstor Cerpa le habría dicho: "General, si usted hubiese esperado dos días más, nos hubiera arrestado a todos los que estamos aquí".

Muy lejos estaba la graduada del MIT de saber sobre qué tipo de avispero revoloteaba su búsqueda político-existencial. Que el fin de una época, más aún, estaba a punto de caerle encima.

En 1994 andaba ella a la búsqueda del sueño interrumpido en Nicaragua y El Salvador, donde había vivido a fines de los 80. Entonces tenía 24 años. Eligió el Perú. Se encontró ahí con una guerra en la que, hacía rato ya, la vesania había minado al ideal. Se encontró, peor aún, con una compleja situación política que incluso muchos peruanos no llegaban a comprender: guerrilleros erigidos en victimarios de dirigentes populares, un creciente consenso —que recorría toda la pirámide social— en contra de la guerra. Una situación en la que ella misma terminaría siendo inusitada ficha de negociación: ayer línea en la arena dividiendo a "verdaderos patriotas" de "pro subversivos", hoy símbolo de la "democratización" en curso.

Jesse Jackson dice que intentará convencer a Fujimori de las ventajas de dejarla libre. Forzosamente familiarizados con el Perú, sus padres dudan de que un nuevo juicio sea suficiente. Su libertad inmediata, sostienen, es lo que corresponde. Difícil para ellos entender cómo fue que su hija cayó por una grieta de la historia en un país de heladas punas y autoridades tropicales.